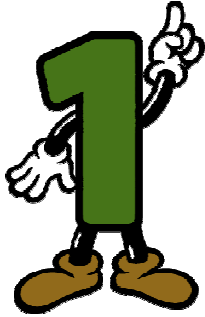


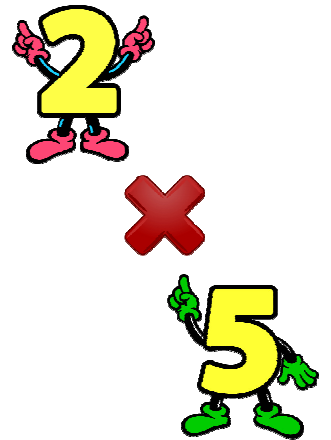
MULTIPLICACIÓN



Uno por uno es el hombre
cualquiera como Dios manda
y ese salvar las distancias
que -mala cuenta- se cantan.

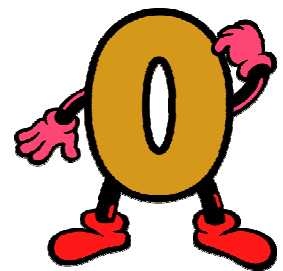
Dos por uno es la evidencia
que en un dos por tres tendrás.
Dos por cuatro, buen compás.

Dos por cinco, la sorpresa
del diez redondo y total.
¡Qué divino es, por humano,
el sistema decimal!

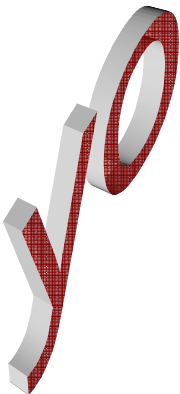


Cero por cero es la luz
Cero por uno, el problema
(Pues con él yo creo el tú).

Cero por dos, el amor.
También cero, mas en ¡oh!
(¡Oh!, que es un eco en yo).
Cero por tres... ¡Atención!

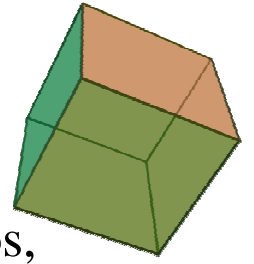


Debe haber algún error,
Pues cuanto más multiplico
Más repito: yo, yo, yo.

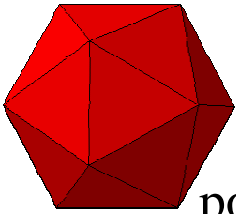


Gabriel Celaya

ASÍ SOÑÉ YO LA VERDAD

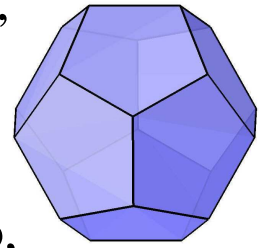


Kepler miró llorando los cinco poliedros encajados uno en otro, sistemáticos, perfectos, en orden musical hasta la gran esfera.

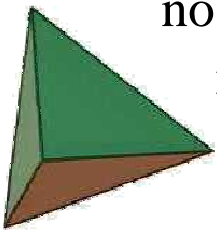


Amó al dodecaedro, lloró al icosaedro por sus inconsecuencias y sus complicaciones adorables y raras, pero, ¡ay!, tan necesarias, pues no cabe idear más sólidos perfectos que los cinco sabidos, cuando hay tres dimensiones.

Pensó, mirando el cielo matemático, lejos, que quizá le faltara una lágrima al miedo.

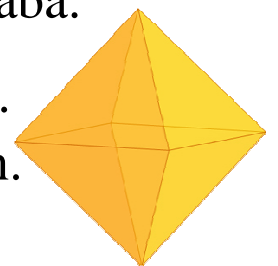


La lloró cristalina: depositó el silencio, y aquel metapoliedro, geometría del sueño, no pensable y a un tiempo normalmente correcto, restableció sin ruido la paz del gran sistema.



No cabía, es sabido, según lo que decían, más orden que el dictado. Mas él soñó: pensaba.

Eran más que razones: las razones ardían. Estaba equivocado, mas los astros giraban.



Su sistema era sólo, según lo presentido, el orden no pensado de un mundo enloquecido, y él buscaba el defecto del bello teorema.

Lo claro coincidía de hecho con el espanto y en la nada, la nada le besaba a lo exacto.



Gabriel Celaya